

Visión de un forastero

Siempre que pienso en Rentería se me representa el pueblo tal como se ofrece a la vista desde el Alto de Capuchinos; un despliegue de azoteas y tejados entre la torre de su Iglesia y la chimenea de la Alcoholera, que el cauce del Oyarzun corta en dos trozos desiguales.

A primera vista no es, indiscutiblemente, uno de esos pueblos pintorescos de aire campestre y bella apariencia, de aspecto hermoso, colores alegres y grato paisaje, sino una villa fabril y mal exornada con la austera presencia de las agrupaciones industriales: calles vacías, pardas fachadas y gentes de atuendo obrero.

Hasta tal punto me impresionaba este aspecto que, en mis primeros contactos con el pueblo, sentía, casi, una sensación de hostilidad al verlo erizado de chimeneas como lanzas y coronado por penachos de humo.

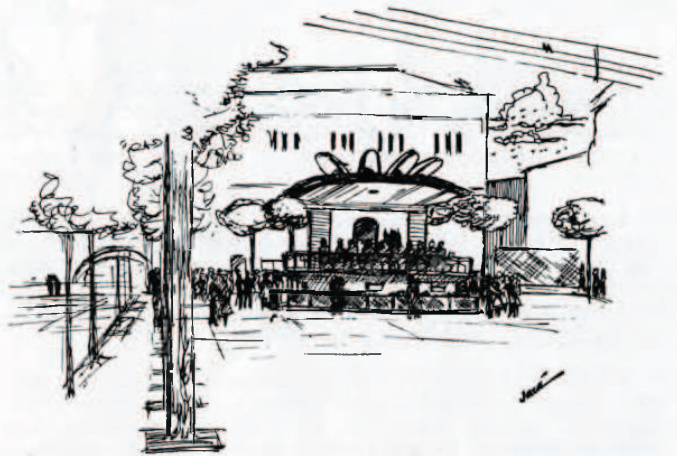
Pero cuando comencé a frecuentarlo con más asiduidad —días aquellos de juventud, cada vez más lejanos; tardes de domingo: música en la Alameda, meriendas de sidrería; fiestas de la Magdalena— me sorprendió con otra faceta de su carácter: la alegría acogedora de sus fiestas.

Y es que Rentería tiene algo que, a pesar de su escasez de bellezas naturales y de estar enclavado en una zona superpoblada, siendo, en cierto modo, suburbio de una hermosa capital, le hace ser preferida por masas de jóvenes que buscan allí el esparcimiento de sus ocios.

¿En qué consiste ese «algo»? No me he puesto nunca a considerarlo y creo que ni fuera capaz de llegar a desentrañarlo. Pero para demostrar que existe, me basta con recordar cómo, en mis tiempos, era Rentería el lugar preferido para satisfacer el ansia de diversión de nuestro ánimo. Utilizando todos los medios de transporte (y aquí un recuerdo al renqueante tranvía blanco), las primeras horas de las tardes festivas veían llegar al pueblo muchedumbres de chicos y chicas que se desparramaban por sus calles, ocupaban los locales de los bares y se concentraban, finalmente, en la Alameda para bailar. Sin querer rememoro el ambiente: Ha obscurecido, los altavoces lanzan al aire sus notas, la multitud apiñada se contonea al rítmico vaivén del compás de la música, mientras de la calle Viteri sigue afluyendo más gente; las terrazas de los cafés están repletas y, de algún lugar indeterminado llega un acre aroma de churros fritos.

Y de esta forma, en la barra, en el baile, en las calles, las gentes de San Sebastián, Pasajes, Lezo, Oyarzun, Irún y Rentería se conocían, reían juntas, charlaban y confraternizaban.

¿Continúa ahora ocurriendo lo mismo? Me agradaría sa-



ber que sí. Las costumbres cambian, las modas pasan, pero el alma y el poderoso atractivo del «algo» renteriano tiene que haber subsistido. Me consta que las fiestas patronales continúan manteniendo o superando el rango que por entonces ostentaban: Conciertos de primerísima categoría, suntuosos fuegos artificiales, partidos de pelota, toros casi todos los años, etc.

De ese espíritu emprendedor del renteriano, tan patente en otros órdenes, espero que, no solamente continúe siendo el pueblo el imán de la juventud en fiestas, sino que ello sea, sin duda, el primer peldaño para su progreso en orden a la atracción de toda clase de forasteros. Buscando, no dejarían de encontrarse atractivos: existe una pintoresca parte antigua de fuerte sabor medieval, calles empinadas, recios muros, casas con aspecto de viejas fortalezas; hay una zona de ensanche que, bien planteada y ejecutada puede darle el tono moderno y elegante que le falta; posee, igualmente, cierta tradición gastronómica representada por sus famosas sidrerías y restaurantes.

En fin, me salgo del tema. Me gustaría ver a Rentería convertida en la capital del Valle del Oyarzun, pero, ahora, quisiera haber descrito lo mejor posible los nostálgicos recuerdos que, como visitante de sus horas alegres, conservo del pueblo y, aunque no lo haya conseguido, por lo menos he dado fe del apego que, a pesar de los imperativos de distancia y nacimiento siento por esta progresiva villa, cuya mejor imagen guardo en mi intimidad desde el día de mi matrimonio.

ATEAK

Continuación de «Rentería, cuna de pelotaris inolvidables»

No podemos olvidar a los pelotaris que no supieron o no pudieron administrar sus propias facultades, a aquellos que jugaron y abusaron de los partidos sin un orden, sin reparar que aquellas fuerzas podían debilitarse un día, tarde o temprano, más cerca de esto último que de lo primero. Era el impulso de una juventud mal entendida, de un afán de superarse y de llegar a la cúspide y de negativo sentido de la Intendencia, que así mataba la gallina de los huevos de oro. En todo momento, nuestras noticias de hoy sobre los pelotaris de ayer convergen en un denominador común: vivieron como hermanos y como buenos renterianos. Esto es lo que también cuenta a la hora de valorar al pelotari y lo que sirve de ejemplo para que dediquemos este público

homenaje a cuantos fueron y a cuantos la curva de los años les ha alejado de la cancha —aunque no de su recuerdo, imposible de borrar— y viven entre los suyos salpicando la vida con la anécdota precisa que ponga la chispa saltarina en el momento oportuno del diálogo.

Rentería debe mucho a estos hombres y no puede olvidarlos. Sería injusto. Estamos seguros que los buenos amigos que lean estas líneas y conozcan al autor de las mismas, sabrán comprender que éste lo hace solamente guiado por un impulso de admiración y simpatía hacia aquellos pelotaris y sin ánimo alguno de creerles injustos o de ofrecer una iniciativa que no dudamos ha sido ya formulada por autoridades muy superiores a la nuestra. La pelota no puede perecer, y en esto estamos

todos de acuerdo. Rentería puede dar un paso muy importante en el ambiente pelotazale guipuzcoano y se lo brindamos abiertamente con el mejor espíritu de colaboración para ello.

Cosas más difíciles ha logrado: su propia prosperidad y engrandecimiento, obra de sus emprendedores hijos, capitanes de empresa decididos y capacitados que no paran en el camino abierto al porvenir siguiendo la rueda progresiva de los tiempos, pero sintiendo cada día más intensamente el amor a todo lo renteriano, a las tradiciones en suma, entre las que destaca la pelota vasca, gloria de nuestro país, patrimonio de un pueblo que dio al deporte figuras inolvidables en una proporción notable.

JUAN DE EGUIZALE